

LA PRENSA COMO FACTOR DIDACTICO

No se ha publicado en la Argentina ningún trabajo sistemático sobre la relación entre la prensa y la enseñanza.

El tema, saturado de perspectivas, ha transcurrido sin detenido estudio. Mientras existen investigaciones serias sobre asuntos de categoría más ínfima, este otro permanece indolentemente preterido. El problema espinoso y difícil, no ha inquietado a ningún investigador. Como ocurre con excesiva frecuencia, se ha pasado al lado de la montaña sin alcanzar a verla. Muchas veces ni siquiera se ha atisbado la fortuna de posibilidades que se aprieta en la utilización de la prensa como factor educativo.

No existe tampoco en la bibliografía extranjera que puede consultarse en el país ninguna obra sistemática acerca de nuestro asunto. La Biblioteca Nacional no menciona en sus catálogos estudios al respecto. Igualmente desafortunadas han sido nuestras búsquedas en otros depósitos bibliográficos. A lo sumo pueden espigarse incursiones divagatorias, detalles ligeros sobre olvidadas experiencias y alguna que otra mención digresiva.

Parecería sorprendente la constatación, pero es exacta. No podrían sumarse hoy, recurriendo al material utilizable en el país, más que algunos datos inexpresivos y leves sugerencias sobre asunto tan vasto.

Problemas, preguntas, posibilidades

Vale la pena reiterar la expresión de nuestro asombro luego de constatar que no se ha publicado, en un país de in-

dudable inquietud pedagógica como el nuestro, un trabajo compendioso sobre el mencionado problema. Es cierto que a la aguda mentalidad de Mercante no escapó el atisbamiento de los fecundos resultados que podrían derivarse de una inteligente utilización del periodismo en los colegios. No desarrolló sin embargo, como podría haberlo hecho, sus ideas y conclusiones, dejándonos tan sólo tres o cuatro páginas ricas en sugerencias (v. Víctor Mercante, *La crisis de la pubertad y sus consecuencias pedagógicas*, Buenos Aires, 1918, págs. 406 y sigtes.).

Conocer es problematizar. La cuestión aparentemente más sencilla suele erizarse si la repensamos, de interrogantes. A poco de meditar en nuestro asunto nos surge una pregunta fundamental: ¿debe introducirse la prensa en la enseñanza? No todos han respondido favorablemente a esta pregunta. Espíritus herméticos que pretenden incomunicar la enseñanza y la vida, se han opuesto a ese ingreso. Franz Schnass y Adolf Rude, refiriéndose a las causas de que la prensa sólo haya llegado en fecha muy reciente a las aulas, afirman que ellas hay que buscarlas “en la circunstancia de que el cuerpo docente, ante la posición partidista de la mayoría de las publicaciones de prensa, ha temido los roces posibles con la opinión pública y ha querido evitarlos” (*Enseñanza de la geografía, de la historia y educación cívica*, Labor, Buenos Aires, 1937, pág. 241).

Sin embargo, nuestra respuesta a esa pregunta es afirmativa, pues, contra tan pacatísimas opiniones, creemos que la prensa debe ser utilizada como medio para acercar la escuela a la vida.

Resuelto en sentido afirmativo este interrogante sobre el cual volveremos con mayor amplitud, surgirían otras preguntas no menos arduas:

- a) ¿En qué sentido debe utilizarse la prensa en la enseñanza?
- b) ¿Qué clase de periódicos o de publicaciones deben ser introducidos en las clases?

- c) ¿Qué método resultaría más eficaz para esa utilización?
- d) ¿Con qué notas diferenciales debe aprovecharse la prensa en cada asignatura?
- e) ¿Vale la prensa como material ilustrativo y de información científica?
- f) ¿Por qué y en qué sentido deben leerse y analizarse las noticias internacionales y nacionales que rocen problemas políticos de actualidad?
- g) ¿Qué sistemas o requisitos pedagógicos deben tenerse en cuenta para emprender esta tarea?
- h) ¿A qué edad y con qué carácter la prensa debe ingresar a las aulas?

Esta enunciación, por cierto incompleta, supone múltiples problemas conexos o derivados que deben plantearse también junto a ellos.

Quien emprendiese el tratamiento metódico del tema, una vez resueltos estos problemas generales, debería enfrentarse luego con otros menores pero de indudable importancia. Mencionaremos algunos con propósitos de ejemplificación:

- a) Necesidad de crear una prensa (prensa, bien entendido, no revisterismo escolar, que eso es otra cosa) de jóvenes, orientada pedagógicamente.
- b) Urgencia de que los periódicos se ocupen de los problemas y las inquietudes juveniles.
- c) Reedición de hojas sueltas de periódicos antiguos y utilización de periódicos ya reeditados en las lecciones.
- d) Intercambio de periódicos extranjeros. Posibilidad de utilizarlos en las clases de idiomas.

Puede ya inferirse la amplitud problemática y práctica de la utilización de la prensa como medio educativo.

Claro que el amplio esclarecimiento que señalamos como posible tampoco debería resbalar hacia otros límites. Se excluirían así con precaución las referencias a temas distantes, como, por ejemplo, la aplicación de la prensa a la técnica de

la investigación literaria, histórica y científica, problema que ya ha sido estudiado y que tiene categoría aparte.

Este sólo planteamiento de las dilatadas perspectivas del asunto, me ahorra decir que no he de considerarlas a todas, y que sólo aspiro a llegar a la piel del tema haciendo sentir la viva fertilidad de su cuerpo.

El periódico como nivelación

Críticos y pensadores actuales han señalado con alarma el naufragio de la persona humana, y el lento proceso de nivelación del hombre de hoy. Todo carácter egregio (en el sentido latino de *ex-gregis*, fuera del rebaño), tiende a ser anulado y obstruído. Cada vez más progresa un movimiento de standardización, y el hombre viste, piensa y quiere con un sentido gregario. Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* ha realizado una prolija disección de la psicología de este hombre-grupo, que no siente la vida como presión sino como goce y usufructo, y el pensador Nicolás Berdiaeff en un agudo esbozo de las relaciones del hombre con el mundo lo ha tipificado en ese hombre ignorante de la soledad y entregado sin reservas al mundo, que carece de toda referencia a valores nobles.

Dentro de las causas numerosas que se unen para producir el afloramiento de este hombre despersonalizado, figura la enorme difusión de la prensa. La prenta tiende a uniformar, a igualar, busca la coincidencia de vastos grupos humanos en torno a una idea o un propósito. Es una acción lenta, impregnante, que actúa como regulado estupefaciente. La radio, el cinematógrafo y otros factores, relacionados, hacen que la persona naufrague y pierda autonomía.

Quizá una inteligente acción de la escuela podría despertar el sentido crítico del joven frente a la letra impresa, enseñarle a apreciar su carácter contingente y a no tomar la tinta periodística como norma. Librarlo de esa intoxicación es una obra urgente de la escuela. Debe volverse a la intimidad

del libro y abandonar la obsesión del periódico. El periódico más que repertorio de ideas es repertorio de noticias, exime de pensar, despierta impulsos. El joven lee una noticia y al otro día la comenta y reacciona; se habitúa a pensar en lo cotidiano y concreto y abandona paulatinamente todo impulso trascendente. Bernard Fay en una penetrante crítica del periodismo yanqui estudia la importancia enorme que el periodismo ocupa en la intimidad del hombre actual: "El recorte de periódicos —escribe— es una de las características de la vida americana. Al final del día tengo de ellos colmados los bolsillos, e inundan mi mesa. Amigos enemigos, proveedores, compañeros de colegio, compañías de seguros, vendedores de automóviles o de pepinillos, todos ellos os han traído recortes para probaros la excelencia de su producto o la sinceridad de su amistad y la seriedad de lo que afirman. Para ellos, la vida es una serie de noticias, es un diario (*Civilización americana*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1941, pág. 161).

El pedagogo chileno Arturo Piga en su libro *Crisis y reconstrucción de la segunda enseñanza* (Ercilla, 1940), llama también la atención sobre el influjo creciente de la prensa y sobre los perjuicios de su penetrante actuación en el proceso formativo de la personalidad.

Insiste el autor chileno en la decisiva actuación de la prensa en el modelamiento de una conciencia colectiva, y advierte cómo hombres, movimientos e ideas que no circulan periódicamente suelen caer en la indiferencia. Señálase que la prensa muchas veces coincide con la orientación francamente materialista de la vida contemporánea y que no destaca ni impulsa noticias de carácter intelectual. Un hecho de simple observación sírvele para corroborar ese pensamiento: de seis a quince mil palabras de los grandes diarios actuales representan noticias, y pocas de ellas se refieren directamente a valores culturales. La excesiva importancia que asumen los temas sensacionales o deportivos en algunos de ellos trae también como corolario una nivelación, doblemente peligrosa en este

caso, puesto que se trata de una nivelación, pero de altura baja.

Tanto Fay como Piga coinciden en el carácter marcadamente anti-intelectual de la presente orientación periodística. De ahí que el citado educacionista chileno pide a la prensa que actúe "procurando que nuestras generaciones jóvenes sean orientadas en un sentido de más elevada formación moral y respeto hacia los valores del espíritu y la inteligencia". Tiene razón también cuando afirma que "la crónica guerrera, la información deportiva y el noticiario sensacionalista, no son los medios más indicados para dicho objeto, ya que de ninguna manera agotan las aspiraciones y exigencias de una adecuada formación juvenil" (op. cit., pág. 43).

Con diferencia de matices, hay una plena coincidencia entre los pensadores y críticos aducidos. Destacan todos el influjo igualador de la prensa y la necesidad de reaccionar educativamente contra su excesiva gravitación en las ideas y orientaciones de la comunidad.

Será pues fundamental tarea educativa enseñar a salvar el sesgo personal del dédalo nivelador, a permanecer con insobornable personalidad ante la sutil influencia psicológica de las columnas impresas. Interesar a los jóvenes por libros que traten con penetración problemas actuales y vivos, que tengan en lo esencial el atractivo que los conduce a la lectura de periódicos, puede ser el primer hábil camino para desviarlos de la absorbente seducción del periódico. Tanto en la prensa como en el libro que proponemos, el joven encontrará tratados los problemas que le interesan, sólo que mientras la primera le da hechos expuestos con un sentido absolutamente actual, el segundo le dará una noción de los problemas y un sentido histórico de los mismos.

Leer periódicos puede hacerle perder al joven el sentido de que es un ser histórico. Frente a la letra fría del texto, éstos se le aparecerán con una cálida sensación de vida. Quizá por eso sea útil el camino indicado para desviarlo de ellos, pues el libro ha de trasladarlo a un terreno teórico conser-

vando el contorno inquietante que le atrae. Nacerá de esa manera una ansiedad cultural y la atención y el pensamiento se desviarán tal vez, sin despegarse de lo cotidiano, hacia un terreno de problemas y de valores. En esa área transcurre la cultura y a ella es necesario que acceda el joven. Los diarios miden la vida por minutos. La historia marcha por siglos.

Conclusión: la escuela debe reaccionar contra el poder nivelador de la prensa, salvando el sentido crítico personal, la autonomía de criterio.

La prensa y la crisis de la personalidad

Toda una biblioteca de estudios pedagógicos podría constituirse con las obras relacionadas con el problema de la adolescencia. Si el acento de la inquietud pedagógica durante la segunda mitad del siglo XIX recayó en el alma del niño, el siglo XX ha concedido mayor importancia a la adolescencia, porque en esa edad se fija la dirección de la personalidad.

Los pedagogos argentinos, han acrecido con estimables aportaciones las obras ya clásicas de Spranger, Compayré, Mendousse, Debesse y Hadow. Así, junto al estudio fundamental de Víctor Mercante, pueden citarse las contribuciones posteriores de Ernesto Nelson, Julio del Carmen Moreno, Juan José Arévalo, Anibal Ponce y Juan Mantovani.

Precisamente el profesor Juan Mantovani intentó en una reciente monografía establecer las relaciones entre la crisis juvenil y el mundo de la cultura (*La adolescencia y los dominios de la cultura*, Instituto de Didáctica, 1942). Es evidente que durante la adolescencia se afirma radicalmente la conciencia del yo, pero que también en esa edad empieza el joven a sentir sus limitaciones y dependencias. La vida comienza a poner murallas en su contorno. Se siente sumergido en el mundo. El mundo viene hacia él en forma de reglamentos, leyes, imposiciones, normas. Paralelamente pasa de la conciencia de sesgo sentimental de la patria a una noción más personal y realista de la nación. Toma contacto con movimientos

políticos, se entera que los bienes sociales de los cuales se siente partícipe pueden ser correcta o malamente administrados. En una palabra, salta a veces demasiado bruscamente, de un mundo de candorosas afirmaciones a un territorio problemático, donde las deficiencias son a veces amargamente numerosas. De ahí el radical escepticismo o la urgente necesidad de lanzarse a una acción caótica y sin direcciones fundamentales.

Es en ese momento difícil cuando el joven, precisamente, comienza a leer con interés la prensa seria, o los pasquines que intoxican la fresca disponibilidad de su conciencia. De ahí también que sea este momento el propicio para un hábil actuación pedagógica.

Durante la infancia hay también una incidencia del periódico sobre la mentalidad del niño. Este lee las secciones infantiles, en las que suelen incluirse historietas ilustradas, breves narraciones y aún elementos de carácter pedagógico. Es frecuente también que durante la segunda infancia se lean noticias internacionales o nacionales y las secciones deportivas. Ocurre también, que antes de llegar a la adolescencia haya una perjudicial atracción por las noticias policiales. Pero no es antes de los 12 o los 13 años cuando el periódico empieza a incidir con carácter decisivo sobre la mente en formación. El adolescente, en cambio, es un apasionado de la página impresa. El fenómeno, por cierto, se intensifica y agudiza en las grandes capitales, donde suele leer dos o tres ediciones, donde amanece y se acuesta, siguiendo la costumbre de sus padres, aprisionado por las redes del diario.

Frente a esta constatación, resultaría pueril afirmar que la escuela no puede participar en la canalización hacia formas responsables de esa lectura. Casi todas las experiencias de lecturas de periódicos en la escuela se han realizado sobre adolescentes. Mercante practicó en Mercedes, durante ocho años, la lectura de los periódicos más serios de nuestro país entre alumnos de quinto y sexto grado, en lecciones que, según él nos dice, llegaron a ser extraordinarias por los temas

en ellas tratados y el empeño de los que tomaron parte" (op. cit.). A. H. Francke y Comenius propugnaron ya hace un siglo en Alemania, por vía de experiencia, esta forma de enseñanza y una "burgerschule" de Leipzig la utilizó sistemáticamente. El pedagogo Dessau, en el "philanthropin" realizaba cada sábado una sesión de lecturas de periódicos en las clases escolares. En Odenwald se recibían periódicos de todo el mundo que eran cuidadosamente seleccionados para su utilización pedagógica, también en este caso, por adolescentes.

Todas estas experiencias se han realizado sobre adolescentes, lo cual corrobora nuestra afirmación de que el instante más oportuno y más necesario para la intervención de la prensa en el proceso formativo de la personalidad con un sentido pedagógico es el momento de la crisis de la pubertad.

Más tarde, durante la juventud y la madurez, se seguirán leyendo periódicos, ya con perfecta autonomía y sin una posibilidad de influencias educativas. En la universidad, por ejemplo, será utilizada con propósitos de investigación o como medio informativo. Pero sin la profunda y peculiarísima influencia que ejerce sobre la adolescencia.

Un periódico contiene zonas informativas acerca de los asuntos más diversos y distantes, constituidos por las noticias. Lo que pasa en el mundo, desde la aldea más lejana hasta el lugar más vecino, se nos presenta sintetizado día a día. Contiene también una zona que podríamos llamar la vulgarización, en la que suelen presentarse conocimientos en una forma amena y asequible. Por fin, aparecen opiniones, ya sea bajo la forma de editoriales serios o de desbordes panfletarios, o veteando hábilmente las noticias. Hay también avisos, material gráfico y otros elementos. La distribución de los títulos y otros detalles suelen ejercer una sutil presión psicológica, muy bien calculada por los técnicos del periodismo, y que frecuentemente pasa inadvertida para el lector.

En cada uno de los ámbitos del periódico deberá por lo tanto el profesor actuar con una orientación diferente, que no es del caso detallar, puesto que en cada caso concreto ha

de dictarla el buen sentido. Actuando como orientador en la lectura de los jóvenes, el profesor tendrá tareas de mayor responsabilidad.

Enseñará a distinguir entre la prensa sana, con opiniones, pero sin propósitos engañosos, y la prensa puramente política. Tratará también de atraerlos hacia las publicaciones especializadas. A un adolescente con inquietudes literarias podrá aconsejarle la lectura de cualquiera de las revistas de ese tipo que aparecen en Buenos Aires, *Nosotros* o *Sur*, por ejemplo, o de las páginas dominicales de *La Nación* y *La Prensa*, que concilian el sentido de novedad que atrae al joven con la dirección vocacional. Pero aquí ya he arribado a un tema que merece categoría aparte.

La prensa como factor formativo e informativo

La prensa puede ser un utilísimo medio educativo, empleada con inteligencia y tino pedagógico.

En el aspecto formativo de la personalidad, actúa ubicando al joven en su mundo, despertándole el sentido de lo actual y fomentándole la tendencia a determinarse con criterio autónomo frente a los acontecimientos.

Ya observaba Mercante que las lecciones suelen dejar en los jóvenes "una impresión desoladora de cosa muerta", llamando la atención sobre la frecuencia con que "los acontecimientos políticos, económicos, históricos, científicos y literarios de más palpitante actualidad le son tan extraños como los que se producirán cincuenta años después" (op. cit.). El mismo autor refiere que interrogó a una maestra sobre un acontecimiento actual (la expedición de Irizar a las regiones polares) y que ésta manifestó ignorarlo. Es poco probable, que hoy, sobre todo en las grandes ciudades, se produzcan estas lamentables comprobaciones, pero, de todos modos, ellas ratifican la necesidad de que la enseñanza no pierda contacto con la realidad que ubique al educando en su mundo, y relacione el carácter objetivo de ésta con la necesidad de un conocimiento de lo actual.

Por ese camino podrá actuar como eficaz resorte formativo. Gran contribución a ese fin podría llenar una prensa de la juventud, orientada pedagógicamente, organizada y dirigida por comunidades de jóvenes como la que se ha ensayado en algunos colegios de los Estados Unidos.

Aunque resulte paradójal, se nos ocurre que el profesor podría enseñar una suerte de higiene de abstención, acostumbrando a interrumpir durante algunos días o semanas la lectura de periódicos, para entregarse exclusivamente a la lectura de alguna obra fundamental. Ese ejercicio de continencia ante el señuelo de la prensa periódica puede tener incalculables beneficios ulteriores.

Si es grande la función de la prensa empleada escolarmente en un sentido formativo, no es menor su importancia como medio informativo.

Prescindiendo de la utilidad comprobada de los grabados, mapas, fotografías, dibujos e ilustraciones, juega un importantísimo papel en la enseñanza de diversas disciplinas.

Para el aprendizaje de la historia (hay alusiones en las obras de Stanley Hall —*Methodo of teaching and studying history*— y en E. Lavise —*L'enseignement de l'histoire*—), los alumnos podrán comentar con ayuda de diccionarios, biografías y otros elementos, artículos sobre personajes de intensa o calificada actuación, o sobre hechos de influencia decisiva en la historia. En ese sentido la prensa será útil como una introducción a la conciencia de la realidad nacional e internacional, y servirá para acostumbrarlo al análisis objetivo de las cuestiones políticas.

En sus aspectos prácticos el profesor de historia dirigirá la organización de las colecciones de artículos de los alumnos, cada uno de ellos con sus anotaciones y comentarios respectivos. La organización de las mismas y los detalles observados pueden ser discutidos en clase para orientar estrictamente estas utilísimas tareas.

No creo necesario mayores comentarios sobre las útiles consecuencias que pueden derivarse de un eficaz aprovecha-

miento de la prensa periódica para la enseñanza de la geografía, la instrucción cívica y la literatura. Pero estimo oportuno llamar la atención, sobre la necesidad de no caer tampoco en un exceso y utilizar exclusiva o preponderantemente estos materiales.

“Jamás —protestaba Mercante— las escuelas hablaron a nuestros alumnos de la ley que acaba de sancionar el Congreso, del ferrocarril que acaba de inaugurarse, de las hectáreas de trigo que acaban de sembrarse, de la fábrica que acaba de construirse” (op. cit.). La afirmación es exactísima. Por encima de la dirección formativa e informativa en el empleo de la prensa, el enseñante deberá apuntar su acción pedagógica hacia los aspectos vitales del país. Problemas, estadísticas, informaciones y cuanto elemento pueda ser útil al respecto, debe ser oportuna e inteligentemente acercado al alumno.

La opinión pública suele ser elaborada en gran parte por influjos periodísticos. En ese sentido ya he indicado cómo el profesor deberá enseñar a rescatar las ideas de uno entre las ideas de muchos, salvando un rincón de personal determinación. Claro que sobre esto es obvio dar indicaciones y todo queda librado al tacto personal del educador. Quedó afirmado que la prensa introduce a la vida contemporánea y al cuadro mundial de los acontecimientos. Este ingreso puede hacerse en forma correcta o equivocada, y también en este caso queda librado a las calidades del educador el éxito o el fracaso.

Enfila hacia otro rumbo un tema que no se eslabona estrictamente con mi asunto. Me refiero a la utilización de periódicos antiguos o de reproducciones facsimilares de los mismos en la enseñanza de diversas asignaturas. La prensa entra también por ese camino en la escuela, y por lo tanto, cuando se acude a esos recursos, pueden surgir interesantes sugerencias de actualidad. Un profesor de literatura o de historia que dicte lecciones sobre el romanticismo argentino, podrá llevar al aula un ejemplar del *Iniciador*, por ejemplo. Leerá y comentará algunos de sus artículos, y comparando el puro fervor

juvenil y patriótico que surge de ellos con la frialdad comercial de la mayoría de los rotativos actuales, deducirá fecundas conclusiones.

Punto importante constituye la relación del periódico con el lenguaje. Suele estar escrita la columna periodística con un estilo de chatura desoladora, inevitable por el apresuramiento que se impone a los redactores. Las noticias distribuidas por las agencias tienen por lo demás una idéntica elaboración.

Los giros, las comparaciones y los recursos habituales de los gacetilleros suelen ejercer, paralelamente a la radio, una acción pernicioso sobre el lenguaje de los jóvenes, que balbucean a menudo una jerga mixta de frases hechas y de recursos torpes. Por eso deberá aprovecharse toda ocasión en que se lea un periódico para señalar los vicios y vulgaridades incluidas en el trozo aprovechado.

La acción provechosa de la prensa, pues, como factor educativo, dependerá del tacto y la eficacia con que ella sea utilizada.

El periódico es agente cultural leído con sentido crítico y sin servil reverencia por la letra impresa. Sin sobrestimar sus beneficios pedagógicos y expurgando todo exceso, puede, su parca utilización, traer beneficios insospechados.

La imparcialidad como exigencia

El peligro mayor de este medio didáctico reside en la posibilidad de que el profesor lo utilice con un sentido político desviado del objetivo interés científico.

La prensa introduce al adolescente a la vida cívica de la nación y a la conciencia de los problemas políticos, despertando su capacidad discriminativa frente a los acontecimientos de la hora. El profesor deberá enseñar a leer al alumno. Es decir a discernir inteligentemente acontecimientos e ideas. Deberá, sobre todo, hacerle comprender que las campañas y las propagandas periodísticas pueden estar supeditadas

a intereses extraños y a menudo menguados, ante los cuales es necesario reaccionar con capacidad crítica.

Sobre todo en épocas como las actuales, el profesor no debe rehuir su misión de conductor de conciencias. Es menester que ilumine la orientación crítica del joven intoxicado por las mil propagandas. Para ello, nada mejor que dejarlo exponer con libertad absoluta de criterio sus conclusiones frente a la lectura, y señalarle luego lo que hay de cierto y de inexacto en esos comentarios en el mismo texto leído.

No deberá el profesor, si no quiere traicionar su condición de tal, aprovechar estas explicaciones para desviar la conciencia del adolescente hacia sus propias convicciones políticas o filosóficas. Ha de ser un guía y no un propagandista. Si alguna parcialidad puede permitírsele, es la parcialidad nacional, en el sentido de exaltar el valor moral y cívico de nuestros héroes, salvándolos de las críticas corrosivas e interesadas que los combaten, de presentar la grandeza de nuestro pasado histórico o de explicar el sentido generoso de nuestra organización democrática.

En toda ocasión han de señalarse las obras principales de nuestros prohombres, y, sin disimular los errores que como seres humanos pudieran haber cometido, deben ponerse en evidencia el sesgo generoso de sus vidas y el saldo provechoso de ellas. Y eso es sólo un ejemplo. Dentro de una línea de absoluta objetividad, el profesor logrará despertar por este camino una eficiente capacidad analítica. Tal puede ser su fundamental contribución. Para ello no temerá a la pregunta afilada y actual. Es preferible que oriente y aclare, a que deje la mentalidad adolescente librada a su propia y caótica orientación. En Buenos Aires, sobre todo, el joven lee muchos periódicos, demasiados periódicos. Se intoxica con las secciones deportivas y policiales, o con los telegramas internacionales, según sean sus inquietudes, siempre con un criterio impresionista y ligero. Si tiene inclinaciones políticas o es seducido por las propagandas, suele leer pasquines en que se destilan mil fobias y se lanzan proclamas bajo las formas corruptoras de

la literatura subalterna. Lo más grave es que muchas veces, con esos livianos bagajes, cree poseer la verdad y toma como cosa y causa suya, impulsado por la noble vehemencia de sus pocos años, desviados intereses ajenos.

Si el profesor se encierra, no le escucha ni atiende sus inquietudes o dudas, lo más probable es que le crea un anticuado, un hombre sin posibilidades para penetrar en el espíritu de su generación. Si éste, en cambio, lo atiende con sosiego respetuoso y procura esclarecer sus dudas, contribuirá a que el joven ascienda a la plena conquista de una personalidad definida y responsable.

Quedan así levemente desbrozados algunos de los caminos señalados al comienzo de este ensayo. Por debajo de las conclusiones provisorias a que he arribado, circula una idea fundamental: la fecundidad de la prensa como factor educativo y la necesidad de que se estudien los métodos más convenientes para su eficaz utilización.

ANTONIO PAGES LARRAYA
